

Análisis

La pobreza infantil es un problema de empleo

Las dificultades en los menores suelen derivar de la falta de trabajo en el hogar en general, pero más de la insuficiente participación laboral de las madres

JORGE GALINDO

Casi un tercio de los menores de 16 años en España vive bajo el umbral de pobreza relativa. Llevan ahí dos décadas. Las transferencias tienen que llegar mejor, pero no bastan: la clave está en lo que ocurre con el trabajo dentro de los hogares. En España residen 6,87 millones de menores de 16 años. De ellos, casi tres de cada diez (el 29,6%) viven en hogares cuyos ingresos no superan el 60% de la mediana nacional, lo que equivale a más de dos millones de niños en situación de pobreza relativa. Si el umbral se estrecha al 40% de la mediana, el porcentaje de niños por debajo del umbral es del 12,4%, la más elevada entre todos los grupos de edad.

Elevado también en el contexto europeo. La brecha entre la tasa de pobreza de los menores de 15 años y la del conjunto de la población es de casi nueve puntos porcentuales, solo superada por Rumania en toda la UE. En Finlandia, Dinamarca o Eslovenia la relación se invierte: los menores están menos expuestos que la media. Aquí, ser niño multiplica el riesgo.

Pero lo verdaderamente preocupante es que, además de elevada, la pobreza infantil española es persistente. Lleva más de una década y media clavada en el entorno del 27%-30%. Ni la Gran Recesión la empeoró demasiado (porque ya era alta) ni la recuperación posterior la mejoró. Sube con las crisis y no baja con las recuperaciones.

El contraste intergeneracional lo pone en perspectiva. Desde 2007, la pobreza entre los mayores de 65 cayó nueve puntos porcentuales. La de los menores de 16 subió casi dos. La de los jóvenes de 16 a 29, más de tres. Las pensiones funcionaron como escudo. No hemos construido nada comparable para los niños.

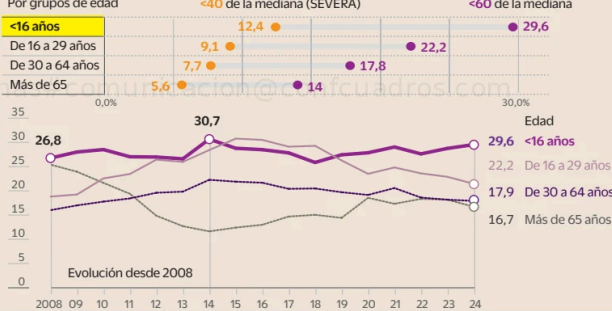
Las transferencias son necesarias para salir de este agujero, sin duda. El ingreso mínimo vital fue un paso relevante, pero aún no llega a buena parte de quienes lo necesitan: la Airef documenta que la mayoría de hogares susceptibles ni lo solicita. Mejorar ese alcance es urgente. Pero las transferencias no van a resolver por sí solas una tasa enquistada cerca del 30%. Para entender por qué, hay que mirar lo que ocurre con el trabajo dentro de los hogares.

La encuesta de condiciones de vida permite medir la intensidad laboral de cada hogar: qué proporción del tiempo total que podrían trabajar los progenitores en edad activa trabajan efectivamente.

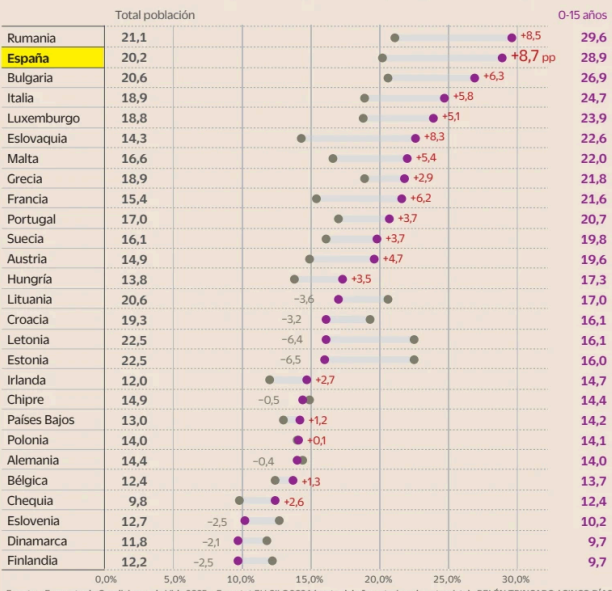
Un hogar con ambos progenitores a jornada completa todo el año tiene una intensidad del 100%; uno en el que solo trabaja uno de los dos a media jornada seis meses está por debajo del 25%, porque el tiempo parcial computa como la mitad. Cuando esa intensidad no llega al 25%, el

La herida de la pobreza infantil

Pobreza relativa: ingresos inferiores al 60% de la mediana En % en el año 2024



Países de la UE <60 de la mediana de ingresos. En % y diferencia en puntos porcentuales según Eurostat



Fuentes: Encuesta de Condiciones de Vida 2025 y Eurostat EU-SILC 2024 (renta del año anterior a la entrevista) BELÉN TRINCAO / CINCO DÍAS



El 48% de los menores en hogares monoparentales se encuentran en situación de pobreza relativa

76% de los menores son pobres. Entre el 25% y el 50%, baja al 53%. Entre el 50% y el 75% cae al 23%. Solo por encima del 75% se reduce al 10%.

Pero una cosa es la incidencia por tramo y otra cuánto del total cae en cada uno. El escalón más problemático es el de intensidad 25%-50%, que concentra el 41,5% de todos los menores en pobreza: unos 843.000 niños en hogares donde se trabaja, pero de forma intermitente o parcial. Solo el 26% de los menores pobres vive en hogares con intensidad inferior al 25%. El problema central no es la inactividad total, sino la parcialidad y la intermitencia. Si desagregamos por sexo, queda claro dónde está el déficit. En los hogares con

pobreza infantil, los hombres trabajan en torno al 72% del tiempo posible. Las mujeres, apenas el 30%. La pobreza infantil es un problema de insuficiente trabajo en el hogar en general, pero sobre todo de insuficiente participación laboral de las madres.

Y si con dos adultos la intensidad insuficiente ya genera pobreza infantil, con uno solo el problema de partida es que hay un único salario, si lo hay. El 48% de los menores en hogares monoparentales están en pobreza relativa, frente al 26% en parejas con dos o más hijos y al 18% en parejas con uno.

Entre ocupados

Los progenitores solos en hogares con pobreza infantil trabajan el equivalente al 47,9% del año: 4,4 meses a jornada completa y 2,6 a tiempo parcial. Los que no están en pobreza alcanzan el 88,4%, con 9,9 meses a jornada completa. La diferencia está en los meses de empleo a jornada completa. Y cuatro de cada cinco hogares monoparentales están encabezados por mujeres (una proporción que parece acentuarse en pobreza, aunque la muestra obliga a la cautela), de modo que el déficit de intensidad se concentra aquí con especial dureza.

Así que la agenda contra la pobreza infantil es, en gran medida, una agenda de empleo. La palanca mayor es la intensidad. Para ello, serviría educación infantil 0-3 que cubra la demanda donde no llega (sobre todo en los hogares con menos recursos), horarios escolares que funcionen como conciliación real y políticas activas de empleo que de verdad funcionen para los adultos con hijos a cargo.

Pero queda además un suelo que la intensidad no resuelve: como se veía en la primera tabla, incluso por encima del 75%, uno de cada diez menores sigue siendo pobre. Son unos 330.000 niños (el 16,3% de todos los menores en pobreza) en hogares donde se trabaja bastante, pero se gana poco. España es el tercer país de la UE en pobreza entre ocupados. El peso de la intensidad es mucho mayor, pero este suelo de salarios insuficientes también necesita respuesta.

Y este suelo de pobreza laboral que persiste a alta intensidad exige también actuar sobre la calidad del empleo: formación profesional orientada a la parte baja de la distribución salarial. Son piezas dispersas que necesitan una estrategia común. El objetivo: que las transferencias, hoy necesarias y probablemente siempre en cierta medida, lo sean cada vez menos, y que los dilemas que hoy nos enfrentan entre alcance y gasto, entre eficacia y eficiencia, pesen menos porque hay más hogares que se sostienen con su propio trabajo. Las transferencias ponen suelo. Pero el techo lo levanta el empleo.

Jorge Galindo es doctor en Sociología por la Universidad de Ginebra.

